

EL AMIGO DEL PUEBLO ARGENTINO  
(*Argentinischer Volksfreund*)

Un periódico católico para los inmigrantes de lengua alemana

VALERICO J. IMSANT SVD

### El auge del periodismo

El incremento de la población, de la urbanización y de los ingresos reales que se produjo a fines del siglo XIX y comienzos del XX, provocó una extraordinaria transformación del mercado de masas, que incorporó a sus bienes de consumo, limitados hasta entonces a los productos básicos de subsistencia, una serie de productos y servicios nuevos, desconocidos hasta entonces, que le brindaba una tecnología revolucionaria.

Uno de los aspectos de esta transformación fue la aparición de los medios masivos de comunicación, que por primera vez merecieron tal calificativo, y entre los que, por entonces, llevaba amplia primacía el de la palabra escrita. El período que corre entre el último cuarto del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial fue una verdadera edad de oro para la prensa. Los periódicos pasaron a ser un producto de consumo popular y las innovaciones en su presentación fueron espectaculares: gruesos titulares, mezcla de textos e imágenes, grandes anuncios. En 1890, por primera vez un periódico británico alcanzó la venta de un millón de ejemplares, mientras en Francia ocurría lo mismo diez años después. La progresiva democratización de los gobiernos implicaba la movilización política de las masas, lo que requería la organización de movimientos y partidos, la propaganda política y la correspondiente formación e información del pueblo, todo lo cual exigía, a su vez, el desarrollo de los medios de comunicación social, fundamentalmente el de la prensa popular. Lo exigían también los profundos cambios sociales de aquellos años. La prensa fue el medio más corriente empleado por los grandes líderes para la difusión de sus ideas y la toma de conciencia de clase del proletariado.

La Iglesia tampoco permaneció ajena a estas novedades y mutaciones. Los animadores más perspicaces del movimiento religioso pronto advirtieron la importancia de las publicaciones periódicas. La más alta jerarquía hizo oír su voz a través de encíclicas como *Etsi Nos* y *Ab Apostolici*, en las que León XIII lamenta que “aquellos que con mortal odio combaten a la Iglesia, se sirven de los escritos públicos, adoptándolos como arma mortífera”, y exhorta a los fieles a

contraponer escritos a escritos, a fin de que los mismos medios que tanto tienden a la ruina, se conviertan en salud y beneficio de la gente, y de allí donde procede el veneno, salga también la triaca. Por lo cual es de desear que, al menos en todas las provincias se establezcan periódicos, en cuanto sea posible, cotidianos que inculquen al pueblo cuáles y cuán grandes son los deberes de cada uno hacia la Iglesia”<sup>1</sup>.

Y en la segunda de las encíclicas mencionadas, insistía en que “conviene que los católicos opongan la buena a la mala prensa para defender la verdad, para la tutela de la religión y para el sostenimiento de los derechos de la Iglesia”<sup>2</sup>.

En virtud de estas exhortaciones pontificias, se producirá una importante reanimación de la prensa católica –de muy poco volumen y peso hasta entonces– mediante la publicación de boletines, volantes, semanarios, diarios y periódicos de todo tipo, en cuya redacción y edición los laicos cumplirán un rol protagónico.

## En la Argentina

El esquema señalado por León XIII, de una prensa utilizada como arma ofensiva contra la Iglesia, que reclamaba una reacción de los católicos en el mismo terreno para defensa de la verdad, era generalizado y se repetía puntualmente en nuestro país, donde hasta los grandes diarios que se preciaban de serios e imparciales daban cabida en sus columnas a cuanta noticia o rumor pudiera contribuir al desprestigio de la religión y de los intereses de la Iglesia. De las demás publicaciones, ¡ni qué hablar! Muchas de ellas eran órganos reconocidos de distintas agrupaciones obreras que venían fuertemente marcadas por la impronta del anarquismo y del socialismo que coincidían en un violento anticlericalismo. Otras pertenecían a las logias masónicas que desfogaban por ese medio todo su odio contra la Iglesia. Las demás, aunque respondieran a distintas agrupaciones políticas, mostraban todas una firme tendencia liberal de estilo finisecular, y en los enfrentamientos con la Iglesia siempre se volcaron a favor de la postura gubernamental, aunque militaran en la oposición.

Con referencia a la prensa manejada por la masonería, bastará este testimonio del obispo de Salta, monseñor Buenaventura Rizo Patrón, quien en su carta pastoral el 22 de diciembre de 1877 expresaba:

Bien marcadas son las tendencias de la prensa revolucionaria: en estos últimos años ha asumido una actitud que espanta [...] El plan de la secta no puede ser más claro y definido: destrucción de la Iglesia y de sus veneradas instituciones [...] El medio más poderoso de que dispone es, sin duda, la prensa diaria, que casi en su totalidad le pertenece<sup>3</sup>.

No faltaba a la verdad el obispo al decir que esa prensa había “asumido una actitud que espanta”, si no, véase esta muestra de tan espantosa literatura que cita el redentorista P. Grote en sus escritos:

En Salta, con ocasión de las fiestas del Milagro, hubo alguien que se atrevió a escribir en un periódico anticlerical insultos rezumantes de incultura y desprecio por las tradiciones religiosas de la ciudad. Bajo el título *La Gran Comedia* estampaba, entre otras, las siguientes frases: *La estúpida turba, la turba imbecil, la turba hambrienta de pan y de justicia, hincará sus rodillas en el suelo mugriendo de los templos, y entonará sus preces al santo de quien se dicen tantos milagros y hazañas..., esa turba cretinizada en el fanatismo, turba ruin, recua esclava, hombres bueyes, torpes animales de carga*<sup>4</sup>.

Un clima de especial agresividad también se vivía en Córdoba, donde, en 1880, el vicario de la diócesis, Uladislao Castellanos, llegó a prohibir a los católicos, mediante una carta pastoral, la lectura del diario *El Progreso* y del semanario *La Carcajada*, por su hostilidad hacia el catolicismo. A la vez, por razones similares, apercibía al diario *El Interior*. La medida causó gran revuelo, tanto más cuanto que los diarios en cuestión eran subvencionados por el gobierno provincial. Fue necesaria la intervención del delegado apostólico monseñor Matera para calmar los ánimos y tranquilizar el ambiente.

En verdad, el panorama de las publicaciones en nuestro país era pavoroso para el catolicismo. Al pulular de los periódicos irreligiosos, la prensa católica presentaba escasa oposición. En el informe de un sacerdote jesuita de Buenos Aires, en 1875, leemos:

No hay más periódico católico que *El Católico Argentino*, que sale cada ocho días, y se sostiene porque el arzobispo lo ha tomado como su periódico oficial. Los demás, que son muchos, son todos irreligiosos y muy impíos<sup>5</sup>.

En la campaña por contrarrestar la perniciosa acción de esa prensa irreligiosa, en efecto, puso gran empeño el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Federico Aneiros. Fue una de sus constantes preocupaciones pastorales. Ya en 1853, siendo aún simple sacerdote, había impulsado la fundación de *La Religión. Periódico Teológico-social*, que años más tarde sería calificado como “la piedra angular de los periódicos católicos de Buenos Aires”<sup>6</sup>. No es de sorprenderse, entonces, que tomara bajo su inmediata tutela a *El Católico Argentino. Revista Religiosa de Buenos Aires*, que apareció en 1874, y que la utilizase como Boletín Eclesiástico de su diócesis.

Dos años después, apareció un colega con similar ideario confesional, bajo el título de *El Eco de América*. Casi de inmediato, con criterio muy plausible, se aunaron los esfuerzos, y de la fusión de ambos periódicos nació, el 15 de febrero de 1876, *La América del Sud. Diario católico, político, comercial y de intereses generales*. Dice de él el historiador Cayetano Bruno: “Fue un periódico de largo alcance y holgada vida, puesto a la par de los grandes rotativos de Buenos Aires, honrado por las mejores plumas del catolicismo porteño y con noticias europeas y americanas”<sup>7</sup>.

En homenaje a la verdad, debemos señalar que no fueron éstos los únicos intentos por marcar una presencia de periodismo católico en nuestro país. Hubo otras publicaciones periódicas de tal carácter, que corrieron variada suerte. Pero es indudable que la prensa católica adquiere vigor y empuje a raíz de la reacción de los católicos argentinos ante los ataques de las fuerzas adversas a la Iglesia en la década del ochenta. La amplia embestida liberal de aquellos años, tuvo la virtud de despertar a los católicos, fortalecer su conciencia de cuerpo y movilizar todas sus fuerzas. Uno de los hechos que marcaron esa reacción fue el Primer Congreso de Católicos Argentinos, en 1884. El temario de esta importante asamblea incluía el “fomento de la prensa católica, ya diaria, ya periódica, suscribiéndose y propagando su lectura y combatiendo la irreligiosa”<sup>8</sup>. Y entre las conclusiones de la mencionada asamblea figura una serie de medidas concretas, como la creación de un “Centro de Fomento a la Prensa Católica”, destinado a promover la fundación de diarios y periódicos católicos. A impulsos de estas decisiones y de las pastorales de algunos obispos sobre este tema, comenzó a surgir con mayor empuje un periodismo confesional o, por lo menos, de orientación cristiana. La expresión más im-

portante de este despertar periodístico fue, sin duda, la aparición del diario *El Pueblo*, que se produjo el 1º de abril de 1900, gracias a la labor tesonera del P. Grote, y que se constituyó en el diario católico de mayor circulación en el país y de más larga trayectoria.

### **Prensa periódica en idioma extranjero**

Sabemos que la inmigración tuvo su incidencia negativa en la religiosidad de nuestro pueblo a fines del siglo XIX. Pese a que la gran mayoría de los inmigrantes eran católicos —españoles e italianos—, muchos de ellos venían inficionados de un fuerte liberalismo que los tornaba, por lo menos, indiferentes en lo religioso, cuando no abiertamente hostiles. No pocos de los que llegaban habían integrado logias masónicas o pertenecido a grupos de carbonarios o militado en las filas del anarquismo o del socialismo, cuyo común denominador en lo religioso era un vehemente anticlericalismo.

Muchas de estas facciones difundían sus principios mediante publicaciones escritas en el idioma de sus respectivas colectividades, con lo cual incrementaban notablemente la prensa irreligiosa. Los títulos mismos de varios de estos periódicos ya resultaban, cuando menos, inquietantes: *I Malfattori*, *Gl'Incendiari*, *Il Pugnale*, *Vendetta*, *Ni Dieu ni Maître*. Los socialistas alemanes, que se habían nucleado en el grupo *Vorwärts* (Adelante), lanzaron una publicación con el mismo nombre. Otros periódicos que circulaban en la colectividad germanoparlante eran todos editados por los protestantes. Si bien a estos impresos no les cabía el calificativo de irreligiosos ni mucho menos, en aquella época de enfrentamientos no dejaban de lanzar sus dardos contra la Iglesia Católica.

Con todo, en medio de este aluvión de literatura impía, surgieron también entre los inmigrantes algunas publicaciones católicas. Entre éstas cabe destacar a *The Southern Cross*, de la colectividad irlandesa, fundado en 1875 por el deán de la Catedral de Buenos Aires, monseñor Patricio J. Dillon, y que en su primer número enunciaba de esta manera sus principios:

Somos en primer lugar católicos, luego irlandeses y amantes y admiradores de nuestro país de adopción. Somos liberales en política, conservadores en religión, respetuosos de las opiniones de otros y caritativos para con todos<sup>9</sup>.

Veinte años después, la colectividad de habla alemana contará también con un periódico, gracias a la iniciativa y al empeño de los Misioneros el Verbo Divino, que habían llegado al país apenas cinco años y medio antes, en octubre de 1889. La nueva publicación apareció por primera vez el 11 de abril de 1895 —Sábado Santo— con el título de *Argentinischer Volksfreund* (Amigo del Pueblo Argentino). Se trataba de una publicación de cuatro páginas en formato de 42 x 28 centímetros, escritas a tres columnas. Modesto comienzo, en realidad. Pero tampoco había sido distinto el de su colega *The Southern Cross*, que también apareció como semanario con cuatro páginas de gran formato. Hasta *La Unión*, el gran diario católico de la década del ochenta, en su primer número del 1º de agosto de 1882, también llegó al público con cuatro páginas, aunque con mayor cantidad de columnas. El *Argentinischer Volksfreund*, cuyo cronograma indicaba que aparecería todos los jueves, llevaba el subtítulo de *Katholisches Wochenblatt für die La Plata-Statten*, lo que traducido significaba: Semanario Católico para los Estados del Plata y, al igual que su colega irlandés, propendía fundamentalmente a la formación religio-

sa y moral de sus lectores, pero también les proporcionaba información sobre tópicos que hacían a sus intereses existenciales, a la que no tenían fácil acceso por el desconocimiento de la lengua del país.

En sus cuatro páginas contenía algún artículo de interés general, al que seguían informaciones de orden nacional: hechos acaecidos en distintas provincias, entre los que se destacaban los referidos a las actividades de la Congregación en las colonias de inmigrantes. En una sección de letra más reducida, titulada “Telegramas”, se consignaban brevísimas noticias de los más diversos países del mundo. Completaban el contenido algunas misceláneas y cerraba la edición un rinconcito de humor. La última página se dedicaba a los avisos comerciales. Sorprende la cantidad de información que reunía apretadamente en el modesto espacio de sus cuatro carillas, que de hecho se reducían a tres, si se descarta la última, dedicada a la promoción comercial.

El beato Arnoldo Janssen, en medio de las múltiples preocupaciones que le acarreaba la función de dirigir su naciente congregación, no había perdido de vista la humilde publicación que sus misioneros preparaban en la lejana Buenos Aires, según puede leerse en una carta dirigida al superior verbita en Argentina, donde alude al primer ejemplar con estas palabras:

Su presentación es atractiva. Me preocupaba que el encabezamiento fuera el adecuado. Yo sabía que eso no era fácil lograrlo. Varias veces hablé de ello con el Hermano Jefe (de la gráfica de Steyl) y él se dirigió al fundidor a fin de que le preparara un buen encabezamiento. En Buenos Aires no se lo hubiera podido lograr con los tipos de que disponen<sup>10</sup>.

### **Preocupación de los verbitas por la prensa**

La publicación del *Argentinischer Volksfreund* no fue un acto improvisado, sino la concreción de un proyecto meditado y planificado. No podemos hablar de una larga tradición de los Misioneros del Verbo Divino en el campo de las publicaciones al momento de lanzar este semanario, porque la Congregación apenas llevaba veinte años de fundada. Pero sí que en ese lapso –corto en la vida de una congregación religiosa– habían dado muestras de su preocupación por el tema y habían adquirido cierta experiencia en la materia.

Al igual que otros fundadores de su tiempo, el P. Arnoldo Janssen, fundador de la SVD, previó la importancia y el poder que adquiriría en el futuro la prensa, y desde el inicio de su obra la incorporó como medio efficacísimo para la difusión de sus ideales. Es más; mucho antes de fundar la Congregación, había apelado ya a ese recurso. Miles de folletos había hecho imprimir como director diocesano del Apostolado de la Oración y en 1874 comenzó a publicar una revista mensual con el título de *Kleiner Herz-Jesu-Bote* (El Pequeño Mensajero del Corazón de Jesús), destinada a fomentar el interés por las misiones. Apenas inaugurada la casa de Steyl, en Holanda (1875) –origen de la Congregación del Verbo Divino– un día le dijo a su hermano Junípero: “Oye, esta mañana durante la santa misa se me ocurrió, es más, oí como una voz en mi corazón, que me decía: *Instala una imprenta; así tendrás en tus manos una espada para defender la Iglesia de Dios*”<sup>11</sup>. Por eso, con toda razón, años más tarde, un verbita en la Argentina escribirá: “La prensa ha estado junto a la cuna de la Congregación del Verbo Divino”<sup>12</sup>. En enero de 1878, junto al *Kleiner Herz-Jesu-Bote*, Janssen envía el primer número de una nueva revista: *Stadt Gottes* (Ciudad de Dios), en cuya presentación expresa estos conceptos:

Quien busca difundir algo bueno, debe tratar de influir en los demás y para eso debe emplear aquellos medios que aparecen como los más adecuados al momento. A estos pertenece, al presente, la prensa. El discurso fugaz desaparece; la palabra impresa perdura y puede ser leída una y otra vez <sup>13</sup>.

En el caso concreto de nuestro país, ya en la tercera carta del fundador a sus misioneros, a escasos seis meses de su arribo a la Argentina, el P. Janssen les hablaba de una imprenta y de publicaciones. Reclamaba una respuesta del obispo de Paraná a una comunicación que había cursado a los obispos argentinos con el fin de averiguar si recibirían con agrado a los verbitas en sus respectivas diócesis y si estarían dispuestos a apoyar plenamente su trabajo, en especial, si verían con buenos ojos “que los nuestros editaran publicaciones católicas destinadas preferentemente a los inmigrantes, y que erigieran escuelas católicas de educación básica y secundaria” <sup>14</sup>. Estimaba que la prensa estaba llamada a cumplir un rol protagónico en la modificación del ambiente hostil a la Iglesia.

En la Argentina, en cuanto es de mi conocimiento, parece ser muy necesario elevar el prestigio de la religión. A eso contribuirá que usted y sus cohermanos trabajen celosa y desinteresadamente y, además, que se instalen imprentas y se editen diarios <sup>15</sup>.

La alusión tan temprana del fundador a la publicación de escritos y periódicos confesionales respondía a insinuaciones ya recibidas de parte de sus enviados, quienes muy pronto se habían dado cuenta de la conveniencia de los mismos. En efecto, el P. Enrique Becher, uno de los dos primeros misioneros verbitas que desembarcaron en el Plata, en carta del 17 de marzo de 1890, le escribía desde Esperanza, en la provincia de Santa Fe: “Desde mi llegada a la Argentina me ha estado dando vueltas en la cabeza la idea sobre cómo llegar a editar aquí, por lo menos, un buen periódico dominical” <sup>16</sup>.

Como siempre, por más que el tema lo entusiasmara y viera la utilidad de lo que se le proponía, Janssen no se precipitó. Analizó el proyecto desde todos sus ángulos y planteó a su misionero una serie de interrogantes: “¿No cree que le podría acarrear un odio excesivo de parte de los masones? ¿Quién será su redactor? y ¿dónde?” <sup>17</sup>. Años más tarde, le responderá al P. Degenhardt, quien le sugería la fundación de un periódico en Paraná:

Es innegable la necesidad de contar con periódicos católicos influyentes. Hay que tratar de llamarlos a la vida empleando todas las fuerzas. Meros deseos no los harán brotar mágicamente del suelo. E, inclusive, una vez fundado un buen periódico, no por ello se tiene asegurada su existencia ni su prestigio mediante un buen número de suscriptores.

Y después de hacer alusión a experiencias europeas fallidas unas, exitosas otras, aconsejaba al misionero:

Usted conoce bien la situación de Paraná. Me informó en una ocasión que sólo el 5% recibían los últimos sacramentos. Ya ve, ahí queda mucho por hacer todavía y con tesón. Si se quiere publicar en Paraná un buen periódico en estas circunstancias, en todo caso no debería ser muy grande. De no ser así, no podría mantenerse por mucho tiempo <sup>18</sup>.

## **La imprenta Guadalupe**

La escasez de publicaciones católicas afectaba doblemente a los inmigrantes, quienes, por desconocimiento del castellano, no tenían acceso ni siquiera a las po-

cimiento, los verbitas iniciaron su actividad en aquel lugar el 1º de noviembre de 1894.

El 25 de diciembre de ese mismo año, desembarcaron en el puerto de Buenos Aires, procedentes de Alemania, cinco nuevos misioneros verbitas: tres sacerdotes y dos hermanos. Estos viajeros traían consigo, en treinta cajones, una imprenta consistente en una impresora plana Köning y Bauer, un motor a gas de una firma de Hannover, tipos, papel, tinta y demás elementos para la impresión. Tras un breve descanso y una rápida ojeada al barrio y a la ciudad durante los días que siguieron a la fiesta de Navidad, los misioneros se abocaron de inmediato a levantar, bajo el tórrido sol de enero, la edificación necesaria para albergar la gráfica. Detrás de la capilla existía un lote de terreno de unos ocho metros de ancho por veinte de largo, que fue donado a los verbitas por la señora Andrea Navarro de Figueroa. Allí levantaron una construcción simple y funcional, donde se montaron las máquinas, de modo que para el 11 de abril de 1895, como ya dijimos, pudo salir de sus prensas el primer número del *Argentinischer Volksfreund*.

### Lectores y contenido

Los lectores de la revista eran mayoritariamente los pobladores de las colonias suizo-alemanas de la provincia de Santa Fe, los alemanes del Volga de Entre Ríos y de la provincia de Buenos Aires, que más adelante se extendieron hacia La Pampa, mientras algunos emigraron al Chaco, y los germanoparlantes venidos del Brasil y establecidos en Misiones. Pertenecían, por lo tanto, en un alto porcentaje al ambiente rural. En su comparación, la inmigración urbana de lengua alemana, radicada principalmente en la Capital Federal y en Rosario, era por cierto muy inferior en número. Era ésta una circunstancia a tener en cuenta por los redactores del periódico. La explotación agrícola-ganadera era la principal ocupación de gran parte de los lectores, lo que también determinaba que su nivel cultural fuera bastante modesto. Como contrapartida, exhibían en cambio una acendrada y profunda fe que era necesario conservar y alimentar, muchas veces en situaciones desventajosas por las distancias geográficas, la falta de sacerdotes y el desconocimiento del idioma local. A todas estas particularidades debía atender la revista.

Una ojeada a su contenido nos permite constatar que los responsables de su redacción eran conscientes de estas condiciones, por lo que empleaban un lenguaje simple, claro y directo. En sus escritos trataban de mantenerse alejados de las especulaciones teóricas, para valerse de relatos concretos de donde pudieran deducirse fácilmente conclusiones prácticas. En los temas, si bien se abarcaba un amplio espectro, se nota el predominio de los que interesaban a la vida y al quehacer de los colonos: las virtudes familiares, la educación cristiana de los hijos, la política agraria del gobierno argentino, la inmigración y la producción, situaciones de estrechez y necesidad en algunas colonias, y otros más puntuales.

Tema de capital interés para un enorme sector de lectores era el de la cosecha. Por eso, cualquier oportunidad era propicia para referirse a la misma, así se diera la noticia de un cambio de párroco, como en el caso de la colonia Hinojo en la provincia de Buenos Aires, donde se informaba del fallecimiento del presbítero Luis Servet y de la asunción de la parroquia por parte de los Misioneros del Verbo Divino y a renglón seguido se añade que la cosecha de la próxima temporada en el sur se presenta muy prometedora<sup>20</sup>. A la misma línea temática corresponde también la información de una huelga de lecheros en la Capital Federal, estallada entre

febrero y marzo de 1897 a raíz de una exigencia municipal de transportar la leche en recipientes bien cerrados<sup>21</sup>. O la noticia que en el sur de Santa Fe se ha detectado una enfermedad del ganado, de etiología desconocida, para cuyo estudio el gobierno nacional ha enviado a la provincia a un veterinario<sup>22</sup>.

Desde los primeros números trae una breve sección de “Agricultura e Industria” donde se habla de los valores del oro y de los precios de los cereales y otros productos del campo. Más tarde, traerá puntualmente, semana por semana, la lista de precios oficiales que rigen el mercado de cereales tanto en el puerto de Buenos Aires como en los de Rosario y Bahía Blanca; y los precios alcanzados por el algodón. También incluirá el valor del ganado, tanto con destino a los frigoríficos y a los mataderos municipales, como los destinados a la cría e incremento del stock ganadero y de los planteles de la producción lechera. No faltarán tampoco los precios de las aves de corral y de los productos de granja, así como una lista de precios de los insumos, entre los que se cuentan las semillas y las bolsas, sean éstas nuevas o usadas.

Para el hombre de campo, cuya actividad depende en gran medida de los fenómenos meteorológicos –lluvia, viento, granizo– siempre resultan de interés las noticias referentes a tales hechos. Por eso, en las informaciones del país, abundan las alusiones a los mismos: copiosas lluvias o perniciosas sequías, ríos crecidos e inundaciones, heladas, tornados... Hasta en las internacionales, sobre todo las provenientes de Suiza, lugar de origen de no pocos lectores, se encuentran a menudo referencias a los destrozos causados por los aludes de nieve en diversas poblaciones montañosas.

Los avisos comerciales también reflejan la condición y los intereses de los suscriptores de la revista. Desde los primeros números, por ejemplo, el talabartero Teodoro Kinen, radicado en la colonia Humboldt, ofrecía monturas, pecheras, cabestros y demás arneses. Más adelante, el señor Carlos Wollenweber de la calle Esmeralda, en Buenos Aires, promocionará su negocio de semillas alemanas y Félix Kraft, sucesor de P. Bauer y Cía., ofrecía maquinarias agrícolas también de origen alemán. En esa sección se encuentran, asimismo, numerosas ofertas de venta de campos.

## **El suplemento**

El *Argentinischer Volksfreund* era, ante todo, un semanario católico destinado a mantener viva la fe de los inmigrantes y servir de vehículo para llevar el pensamiento cristiano a todos los lugares donde el sacerdote sólo de tarde en tarde podía llegar.

Por otra parte, pretendía también ser una revista amena de interés general para sus lectores, que difícilmente se conformarían sólo con algunos artículos piadosos y de contenido religioso. Pero tres páginas –no olvidemos que una se destinaba a los anuncios comerciales– aunque fueran en un formato grande de 42 x 28 centímetros, no eran un espacio suficiente para todos los temas a tocar. Fue seguramente por ese motivo que desde su primer número el semanario anunció que aparecería todos los jueves acompañado de un suplemento. En las páginas de éste se incluían los artículos de carácter más específicamente religioso. Era el suplemento el encargado de hacer llegar a los lectores el mensaje evangélico de la semana, a través de una reflexión sobre el sentido de la Cuaresma, por ejemplo, o del Adviento, de las principales fiestas del año litúrgico o, simplemente, de algún do-

mingo cualquiera a lo largo del año. No traía el texto de las lecturas bíblicas correspondientes al domingo o a la fiesta de que se trataba, lo que hoy consideraríamos una deficiencia notable, pero que, en aquella época, no se estilaba. La Palabra de Dios solía llegar a los fieles sólo de manera indirecta, a través del sacerdote que la explicaba en la homilía o la comentaba en algún escrito o publicación como la que nos ocupa.

Contenía, en cambio, otras lecturas muy en boga por aquellos años, destinadas al fomento de la piedad popular, como ser breves historias edificantes o anécdotas piadosas y alguna que otra brevísima biografía de santo o santa en que se destacaban especialmente sus acciones milagrosas, a fin de despertar la devoción de los fieles.

Se encuentran también en sus páginas alocuciones pontificias y de vez en cuando alguna circular de nuestros obispos, que en eso no eran muy pródigos. También alguna que otra carta de misioneros de la Congregación del Verbo Divino, enviadas desde algún lejano país de misión. Con cierta frecuencia encabeza la edición del ejemplar una poesía a la Virgen, a San José, al Sagrado Corazón o referente a cualquier tema piadoso.

El suplemento constaba también de cuatro páginas, como el semanario mismo; pero en formato de 27 x 20 centímetros, con el texto a dos columnas. Los primeros números llevaban el encabezamiento de "*Religiöse Beilage zum Argentinischen Volksfreunde*", vale decir, "Suplemento Religioso al Amigo del Pueblo Argentino". Este título se cambió a partir del n° 27, en julio de 1896, por el de "*Sonntagsblumen. Beilage zum 'Argentinische Volksfreund'*", lo que traducido significa: "Flores Dominicales. Suplemento del Amigo del Pueblo Argentino". Desde 1900, se incorpora como un apéndice de la misma revista y, poco después, desaparece totalmente y su temática pasa a ser tratada en las páginas de aquella, que entre tanto se han incrementado.

## Trayectoria

El primer director del *Argentinischer Volksfreund* fue el P. Adolfo Hegge, joven sacerdote que había llegado al país en diciembre de 1894, junto con las máquinas y demás elementos de la imprenta. Lamentablemente su salud era endeble y al año, el 24 de enero de 1896, moría víctima de tuberculosis y se convertía en el primer verbita fallecido en tierra argentina. Le sucedió en la redacción del semanario el P. Federico Vogt, quien había arribado al Plata hacía pocos meses.

El experto en impresión, a cuyo cargo corría toda la parte técnica y de distribución, era el hermano Alberto (Teodoro Schäfer). Conocía el oficio que había aprendido en los talleres gráficos de la casa madre en Steyl (Holanda). Él diagramaba la revista, la imprimía, la embalaba y la enviaba, llevando los paquetes personalmente al correo, en tranvía, que por entonces aún se desplazaba a tracción animal.

A partir del 1° de abril de 1897, aparece con dos páginas más. A estas carillas pasan las noticias sobre los países europeos y del resto del mundo, así como la sección de "Agricultura e Industria", las misceláneas y el rincón de humor, con lo que quedaba más espacio en las anteriores para las noticias de la Argentina y países americanos.

Desde 1900 cambia su formato, que pasa a ser de 27 x 20 centímetros, y aumenta sus páginas a dieciséis. Esta modificación le permite incorporar la temática que

hasta entonces se reservaba al suplemento *Sonntagsblumen* –que poco después desaparece–, incrementar los artículos de interés general y las noticias, y publicar algún relato o cuento, cuya entrega se hacía a veces a lo largo de varios números.

En los años siguientes se acentúa la tendencia al incremento de páginas por ejemplar, aunque ello no sucede en forma constante. A partir de 1906, aparece con 20 páginas y al año siguiente con 32. Sin embargo, entre los números de este último año se encuentran algunos con sólo 24 páginas. En 1921 comienza con 48, densas en texto y escasas de ilustraciones. Esta ampliación de espacio se ocupó con la inserción –ahora sí– de los textos bíblicos correspondientes al domingo siguiente y su comentario, y en gran parte con relatos, cuentos y lo que hoy llamaríamos novelas cortas, y otras no tan cortas, cuyas entregas se prolongaban a lo largo de todo un año o más. Entre los relatos y novelas cortas, se destacan por su frecuencia los de Reimmichel, un alegre tirolés que era la delicia de los lectores con sus divertidas historias<sup>23</sup>. Notable fue la publicación de una voluminosa *His'oria Universal* de José Annegarn, teólogo y profesor de historia eclesiástica, cuyas entregas, a un promedio de dos y media a tres páginas por vez, se extendieron por más de doce años. Aumentaron las noticias y los relatos provenientes de las misiones. Este tema tan caro a los verbitas pronto pasó a integrar una sección especial, primero bajo el título “Del Campo Misional de la Iglesia”, que luego fue sustituido por este otro: “La Misión Universal de la Iglesia Católica”. El rubro en el que también se observa un notable incremento es el de los anuncios comerciales, que pasan a ocupar varias páginas y se encuentran, además, esparcidos a lo largo de todo el ejemplar.

Desde los comienzos de la década del veinte hasta casi fines de la siguiente, parece haber sido la edad de oro de la revista en cuanto a suscripciones y a presentación. Aunque sus abonados nunca fueron muy numerosos, fueron suficientes durante aquellos años como para mantener su financiación. En el informe presentado al Capítulo Provincial de 1939 por el P. Ludger Grüter, director del *Volksfreund* durante veintitrés años, manifestaba que los suscriptores de la revista eran más de 2.500; pero había que tener en cuenta que la gran mayoría de los mismos no eran suscriptores individuales, sino familias, lo que implicaba un número bastante superior de lectores que de abonados. Además, era sabido que en las zonas rurales los ejemplares se pasaban de familia en familia, de modo que el P. Grüter calculaba –probablemente con excesivo optimismo– que por cada revista debía calcularse entre diez y veinte lectores, lo que elevaba su número total a unos 25.000 o más<sup>24</sup>.

Al margen de estos cálculos tan optimistas del director, a mediados de 1938, ignoramos por qué razones, sus páginas quedaron reducidas a 32. La redacción sólo se lamentaba del hecho unas semanas después con estas palabras un tanto enigmáticas:

Al *Argentinischer Volksfreund*, que bien podemos comparar a un robusto árbol frutal, vemos que no hace mucho, una violenta tempestad le ha arrancado una vigorosa y floreciente rama. Sin embargo, queda fuertemente arraigado en el suelo firme y producirá una nueva rama de la misma excelente calidad. Sus amigos no renunciarán a él. Dios así lo quiera<sup>25</sup>.

La década del 40 trae algunos cambios en su edición. A partir de octubre de 1943, se publica el artículo de fondo o editorial, en alemán y en castellano, a dos columnas. Poco después se le añade el subtítulo en español: “*Amigo del Pueblo Argentino*”. Desde abril de 1949, se abrevia su título que pasa a ser simplemente *Der Volksfreund*, con el subtítulo español: *Amigo del Pueblo*.

La década del 50 ya marca su ocaso. El país sufría, por aquellos años, la escasez de papel. Un informativo de la provincia verbita Argentina Sur, da cuenta, en mayo de 1952, que debido a dicha escasez es necesario “reducir las páginas de nuestras revistas”, entre las que se encontraba naturalmente *Der Volksfreund*<sup>26</sup>. Por este motivo quedó reducido a 16 páginas como a comienzos de siglo. Seis años después –1958–, de semanal, se convertirá en quincenal. Se podía prever que la revista iba *al muere*. Pasados los años y desaparecidos los viejos inmigrantes, sus nietos y bisnietos fueron integrándose cada vez más al país, olvidándose poco a poco del idioma de sus mayores, de manera que, a fines de 1960, el boletín informativo verbita antes citado comunicaba que *Der Volksfreund* “ha cumplido su misión” y que a partir de enero del año siguiente dejaría de aparecer, porque en razón del escaso número de suscriptores ya no era posible mantenerlo<sup>27</sup>.

### Función social

El *Volksfreund* cumplía una indudable función social. Servía, ante todo, como vínculo de unión entre toda la colectividad de habla alemana de variada procedencia: alemanes, suizos, austríacos, alemanes del Volga, emigrantes del Imperio Austro-húngaro e inmigrantes alemanes del Brasil, que se hallaban dispersos en un radio muy amplio que se extendía a lo largo de todo el litoral y este del país, desde Misiones y Chaco hasta La Pampa. Con el tiempo, el *Argentinischer Volks-freund* llegó a todos los rincones del país donde se encontraban familias germano-parlantes a quienes llevaba, además del mensaje cristiano, también la información de lo que sucedía en las numerosas colonias y poblaciones de origen germánico.

A través de su lectura, los alemanes procedentes del Brasil, establecidos en Capioví, Puerto Rico y otras colonias misionenses, se enteraban al detalle de la fiesta con que los alemanes del Volga de la aldea Valle María en Entre Ríos habían celebrado la Natividad de Nuestra Señora, con gran participación de público de las aldeas vecinas, brasilera y Spatzenkutter<sup>28</sup>. Por idéntica vía, los ruso-alemanes de La Pampa se informaban que ese mismo año (1938), una intensa lluvia había echado a perder las siempre populares fiestas patronales (*Kerb*) de la aldea Kehler, que festejaba a su patrono San Miguel<sup>29</sup>. Y los suizos-alemanes de las colonias santafesinas tomaban conocimiento de las dificultades de sus compatriotas de Santo Pipó, en Misiones, que tenían que vérselas con bandas de salteadores que actuaban en ambas márgenes del Paraná y que entre sus crímenes contaban con el asesinato del contador de la firma Martín y Cía<sup>30</sup>. Y todos se anoticiaban de los esfuerzos y progresos de los alemanes del Volga que a comienzos de los años treinta habían emigrado de La Pampa hacia el Chaco, donde fundaron una colonia en Castelli, y cómo trataban de mantener su identidad cultural mediante escuelas en las que se enseñaba el alemán<sup>31</sup>.

Las notas necrológicas que difundían la noticia de los decesos por la extensa geografía adonde llegaba el *Volksfreund*, son cada vez más frecuentes a partir de la segunda mitad de la década del veinte y en la siguiente suelen ir acompañadas de la fotografía del difunto. En su inmensa mayoría, pertenecen a los integrantes de la colectividad de los alemanes del Volga. En proporción mucho menor a la de los suizo-alemanes de la zona de Santa Fe y muy raramente a los alemanes o suizos de Misiones<sup>32</sup>.

En sus páginas, los lectores hallan información sobre distintas asociaciones germanas que actúan en el país. Entre ellas las hay confesionales y no confesiona-

les. Entre las primeras se encuentra la Asociación de Católicos Alemanes, que en cada número de la revista, a lo largo de años, en un pequeño recuadro, comunica a sus miembros que de buena gana ofrece información y asesoramiento en cualquier situación. En el número 4 del año 1921, se incluye una detallada descripción –hasta con ilustración, lo que era poco usual– de la excursión anual que la entidad solía realizar y para la que ese año se había elegido el Delta. Alrededor de 150 personas abordaron en San Fernando el vapor *Domingo F. Sarmiento* que se había contratado para la ocasión<sup>33</sup>.

Junto a la mencionada, existía otra asociación católica que actuaba bajo el rótulo de Comunidad de Católicos Germanoparlantes, con sede en la calle Lavalle 348 de la Capital Federal. Semanalmente, publicitaban en el *Volksfreund* los actos de culto que habitualmente se llevaban a cabo para los miembros de la comunidad de habla alemana en el colegio y en la iglesia del Salvador, en la calle Callao.

Como éstas de católicos, existían otras asociaciones aconfesionales, dentro de la colectividad germana. Una de ellas era la Unión Popular Alemana para Argentina, con sede en la calle San Martín 439. Estaba abierta a todos los germanoparlantes y germanófilos de la Argentina y ofrecía, a través de sus anuncios en el *Volksfreund*, asesoramiento jurídico y técnico a los asociados; libros y la posibilidad de enviar paquetes a sus familiares en el Viejo Mundo, y ponía gestores a disposición de los inmigrantes. Todo eso, por la módica cuota mensual de 50 centavos.

Otra de las organizaciones de la colectividad era la Asociación Protectora de los Inmigrantes Germanos, cuya sede se hallaba en la calle San Martín 450 en Buenos Aires, muy cerca, por lo tanto, de la anterior. Con bastante frecuencia esta entidad publica en el semanario listas de trabajadores que ofrecen sus servicios (electricistas, cerrajeros, choferes, pintores, mecánicos, etc.) y otras de gente que se requiere para diversas tareas: ya un techista, ya un cocinero, ya un zapatero, “dos mucamos para estancia”, “un hombre mayor que pueda ordeñar una o dos vacas”, “un peón joven y con fuerzas para tareas de limpieza” y así una serie de solicitudes para trabajos de todo tipo<sup>34</sup>. En un número de 1921, se informa que la Asociación Protectora, en el curso del mes de enero de ese año, ha conseguido trabajo para 300 personas, de las cuales 255 eran alemanes, 30 austríacos, 9 suizos, 2 holandeses y 4 de otras nacionalidades<sup>35</sup>. En una oportunidad, publica los nombres de más de noventa personas que tienen correspondencia depositada en la sede de la asociación, advirtiéndoles que pasen a retirarla o envíen sus direcciones postales a fin de poderse la remitir<sup>36</sup>.

Y hablando de direcciones postales, leemos en otro número el siguiente pedido:

José Rapp, de Colonia Baron, pregunta amablemente a los distinguidos lectores del *Volksfreund* en Norteamérica, si alguien puede indicarle la dirección de su hermano Santiago Rapp, quedándole agradecido desde ya por este servicio. El anterior domicilio del mismo era: Pagston-Sout, Dakota<sup>37</sup>.

Interesante testimonio de que la revista llegaba hasta los compatriotas que en gran número habían emigrado a los Estados Unidos.

Muchos otros pedidos particulares se registran en sus páginas, como uno llegado de la provincia Santa Fe, donde se solicitaba “sin demora un hombre joven y valiente con buena formación escolar, para ayudante de maestro, con manutención y vivienda en la casa parroquial”<sup>38</sup>. La comunidad de la aldea Spatzenkutter en Entre Ríos buscaba, en cambio, “un hombre sólido para sacristán (*Schulmeister*), quien pudiera a la vez hacerse cargo de la escuela en alemán”<sup>39</sup>. Alguien buscaba,

mediante la revista, “una familia germanoparlante con cinco o más hijos trabajadores, para encargarse de una chacra. Informaciones a recabar en la Administración del *Volksfreund*”<sup>40</sup>.

Hay, asimismo, en sus páginas numerosos ofrecimientos de venta de tierra, tanto en las colonias santafesinas como en las de Entre Ríos o en las de Buenos Aires y La Pampa.

### Valor histórico-cultural

Hay otro aspecto importante a considerar en el *Argentinischer Volksfreund*: su valor histórico-cultural, como reservorio de prácticas y costumbres de la colectividad germana en sus diversos grupos. Muchas de tales prácticas que se han ido perdiendo con el correr de los años, debido a la progresiva argentinización de los descendientes de aquellos inmigrantes de fines del siglo XIX y comienzos del XX, pueden rastrearse en las páginas del semanario y constituyen testimonios de incalculable valor para rescatar su identidad cultural, el fluir de su vida cotidiana, su proceso de integración al país de adopción, sus esfuerzos de superación y su proyección hacia el futuro.

Las crónicas de las primeras misas solemnes de neosacerdotes oriundos de las comunidades germanoparlantes, que con frecuencia se encuentran en el *Volksfreund*, nos hablan, por una parte, de la singular cantidad de vocaciones eclesíásticas surgidas de ese medio y, por otra, del enorme aprecio que esta gente sentía por el sacerdote. Y ambas cosas implicaban una vida de honda fe y de acendradas virtudes cristianas en las familias de estos colonos. Los detalles que se registran de las solemnes y populares fiestas que se organizaban en tales ocasiones nos permiten incluso ver los diferentes matices con que eran celebradas en los diversos grupos de germanoparlantes: los suizo-alemanes, los alemanes del Volga y los alemanes venidos del Brasil. Dentro de un marco común de solemnidad y jubilosa celebración, fruto de la fe compartida, cada uno presentaba sus peculiaridades, originadas en diferencias de mentalidad, o de estadios en el proceso de inculturación o, simplemente, de posibilidades económicas.

El relato de una doble boda –dos hermanos de la familia Glassmann– en Herrera, provincia de Entre Ríos, es una muestra del brillo con que se celebraban los casamientos, con una participación masiva de los colonos. Los largos preparativos, la angustia de los protagonistas ante la posibilidad de una lluvia inoportuna que enlodara los caminos de tierra y les dificultara el acceso al registro civil de Mantero y a la iglesia de la aldea, todo queda documentado en las páginas de la revista y nos ilustra maravillosamente sobre las condiciones de vida de aquellos inmigrantes. La ceremonia religiosa se lleva a cabo un martes de setiembre a media mañana. Los novios llegan a la capilla entre el estruendo de bombas y los sones de una banda de música venida en tren, desde la colonia de Crespo, en la tarde anterior. La fiesta se prolonga a lo largo de dos días y se desarrolla con normalidad, salvo la irrupción de “unos *compadritos* (así en el original) criollos no invitados, que llegaron hacia la noche y trataron de aparecer como los *señores* de la fiesta”<sup>41</sup>. En verdad, la narración de estas bodas es un cuadro de costumbres que no tiene desperdicio, con alusión, incluso, a la relación ocasional de los inmigrantes con los nativos.

Las numerosas descripciones de fiestas patronales –llamadas *Kerb* entre los alemanes del Volga– constituyen otro muestrario de las costumbres de estos colo-

nos. Posiblemente esta celebración más que ninguna otra exprese el espíritu que animaba a estas comunidades, puesto que en ella se integraba de modo admirable el doble aspecto de la religión con sus deberes y la sociedad con sus códigos, que para ellos formaban una unidad indisoluble, unidad que quedaba de manifiesto en los solemnes actos de culto y los concurridísimos festejos populares con bailes, juegos y toda clase de diversiones que se desarrollaban a lo largo del día dedicado al santo patrono.

Hasta los anuncios comerciales y los pedidos de personal nos revelan situaciones de vida y condiciones en que se desarrollaba el quehacer de los inmigrantes germanos, o marcan el estadio en que se hallaba su proceso de integración al país. En enero de 1921, mientras los colonos de Spatzenkutter, en Entre Ríos, buscan un sacristán que pueda también “hacerse cargo de la escuela alemana”, en una de las colonias santafesinas se busca un maestro auxiliar, pero se especifica que “la enseñanza se imparte en español”<sup>42</sup>. En marzo del mismo año, el señor José Haag, de Estación Bajo Hondo, en La Pampa, solicitaba un “maestro a domicilio para el campo”, con la especificación que las clases se dictaban “en alemán y en español”<sup>43</sup>. Aquí, además del detalle de los idiomas, aparece una modalidad de escuela bastante extendida por aquellos años, y hasta muchos años más tarde en algunas partes, de maestros contratados por un grupo de colonos, que abría escuela en medio del campo, en el domicilio de cualquiera de ellos que se aviniera a ofrecerle un espacio que le sirviera de aula. Ello ocurría al margen de todo control estatal, que a los colonos poco les preocupaba, pues no pretendían para sus hijos ningún título de validez oficial, sino simplemente que aprendieran a leer, escribir y realizar la operaciones elementales de aritmética o “hacer cuentas”, según solían decir.

Un curioso fenómeno en la línea de asimilación, nos es dado observar en algunos anuncios comerciales, sobre todo en aquellos por los que se ofrecen tierras en venta o en alquiler. Se trata del empleo de términos españoles en el texto del aviso, o de términos castellanos germanizados, aun cuando en alemán existen vocablos propios para designar tales elementos, resultando así un texto de una singular y extraña mezcla de idiomas. En Esperanza, provincia de Santa Fe, el señor Leonardo Mühn ofrecía “2 ½ *Konzessionen* (concesiones)”, distantes “zwei (dos) *Leguas*” de la citada localidad. Entre las instalaciones que se encuentran en dicha propiedad, menciona “1 *Pileta* aus (de) *Material*, 1 *grosser* (gran) *Galpón*” y “9 *Quader* (cuadras) mit gutem (con buena) *Alfalfa*”<sup>44</sup>. Igualmente curioso es este otro aviso por el que se ofrecen varias parcelas de tierra cerca de Guatraché, en La Pampa, “gut *alambriert* in 6 *Potreros* (bien alambradas en seis potreros)”. Entre las instalaciones con que cuenta, se mencionan: “1 *Mühle* (molino), *Tanke*, *Bebederos*”<sup>45</sup>.

## Evaluación final

Para un semanario católico en idioma extranjero –y alemán, tan luego– en nuestro país, sesenta y seis años de constante e ininterrumpida aparición no deja de ser un éxito. Por eso, el informativo verbita aludido más arriba podía afirmar con toda justicia que el *Volksfreund* “ha cumplido su misión”<sup>46</sup>. Creado como medio para servir a la evangelización, recorrió más distancias que ningún otro agente de pastoral, para introducirse calladamente en los hogares con su mensaje cristiano. En numerosos lugares adonde el sacerdote sólo llegaba de tarde en tarde y los domingos los fieles no podían asistir a misa ni escuchar la Palabra de Dios, el

*Argentinischer Volksfreund* era el encargado de acercarles el pensamiento cristiano y alimentar el espíritu y la fe de los colonos. El ya citado P. Grüter en su informe al Capítulo Provincial de 1939, de su congregación, consideraba que “más de la mitad de sus suscritores no oyen los domingos y días de fiesta ninguna predicación o, por lo menos, ninguna inteligible o en alemán. El *Volksfreund* es su predicador, es su lectura religiosa, es el narrador que escuchan con gusto”<sup>47</sup>.

Esta apreciación podrá ser sospechada de exageración por proceder del director de la revista; pero no deja de señalar una realidad y el innegable efecto espiritual de la publicación en el ánimo de numerosos lectores. Uno de éstos corrobora ampliamente lo expresado por Grüter, al manifestar: “El *Volksfreund* es para mí más necesario que el devocionario; más necesario que el sacerdote en el púlpito”<sup>48</sup>. Fue indudablemente un acierto pastoral de los Misioneros del Verbo Divino la fundación de este periódico destinado a la colectividad germanoparlante.

Este esfuerzo por fomentar la vida cristiana en las familias de los colonos tenía su rédito en las numerosas vocaciones eclesiásticas, en especial religiosas y misioneras, surgidas entre los inmigrantes de origen germano. Bien sabían los verbitas que el ambiente natural para el surgimiento y cultivo de tales vocaciones eran los hogares donde florecieran las virtudes cristianas; por eso los artículos, las narraciones y hasta las novelas del semanario iban dirigidos a fomentar dichas virtudes en el medio familiar. Y no se equivocaron, a juzgar por la cantidad de sacerdotes, religiosos y religiosas de ascendencia alemana que ingresaron a las filas tanto del clero secular como de los religiosos y religiosas de distintas congregaciones. Por desgracia, no es dable calcular el porcentaje de los mismos debidos directa o indirectamente a la silenciosa acción del *Volksfreund*, pero de seguro que no fueron pocos. Un párroco lo veía y expresaba de esta manera: “Si nos quitan el *Volksfreund*, podremos empaquetar nuestra pastoral y con las vocaciones se habrá acabado”<sup>49</sup>.

Contribuyó también a tal efecto la temática misionera desarrollada en el semanario que se constituyó en un órgano eficaz de difusión de la idea misional, que marca el carisma de la congregación fundada por el beato Arnoldo Janssen. En los comienzos, el tema de las misiones hallaba cabida, más bien, en el suplemento; pero, al incrementarse las páginas de la revista que absorbió a aquél, aumentaron las referencias a las misiones de la Iglesia universal y semana tras semana fue incluyendo cartas, noticias y relatos pertinentes a los trabajos apostólicos de quienes se dedicaban a predicar el Evangelio en los remotos países donde aún no se lo conocía. De esa manera fue despertando el ideal misionero y creando en los fieles la conciencia de su responsabilidad en la difusión del mensaje cristiano.

En sus seis décadas y media de prédica, fue adaptando su lenguaje y su estilo a los tiempos. Una comparación entre los números de comienzos de siglo y los correspondientes a los últimos diez años de su aparición, muestra a las claras el cambio. Los artículos de fondo, en estos últimos, se refieren a temas de gran actualidad y exponen la visión cristiana y la posición de la Iglesia en lo social, en lo educativo y en lo político. Se da mayor cabida a los documentos eclesiásticos, tanto pontificios como episcopales. La Palabra de Dios no sólo es comentada con sentido pastoral, como se lo venía haciendo a lo largo de las décadas anteriores, sino que se le dedican, además, exposiciones de carácter más académico, como por ejemplo, una detallada relación sobre los sensacionales hallazgos de Qumram en sucesivas entregas que se extienden desde mediados de marzo de 1959 hasta mediados de junio de 1960. En el área misional se prioriza la presentación de la

problemática de las distintas misiones sobre la simple información o los relatos de misioneros. Se reducen las narraciones ejemplares, aunque siempre se conserva alguna novela; merman las notas necrológicas y más aún los anuncios comerciales.

En suma, todo parece apuntar a un público distinto. Y de hecho, aquél ha variado. Si bien la mayoría de los lectores sigue perteneciendo al ambiente rural, no cabe duda que su *milieu* se ha modificado y sus intereses se han diversificado. La apertura social de las colonias y la asimilación al país han obrado una gran transformación. La educación ha hecho también su aporte y el nivel cultural ha mejorado. Todo ello queda reflejado en los contenidos del *Volksfreund*. Pero, eso mismo, sobre todo la integración a la cultura nacional contribuyó también a su desaparición. El voluminoso flujo inmigratorio de germanoparlantes de fines del siglo XIX y comienzos del XX se detuvo, y sus descendientes, educados en las escuelas del país mientras desaparecían las escuelas en alemán, ya no estuvieron en condiciones de entender la lengua en que se redactaba el semanario. Por eso, no sin cierto dejo de tristeza, la administración de la revista informaba en el último número de diciembre de 1960: "A nuestros apreciados lectores lamentablemente debemos comunicarles que *Der Volksfreund*, debido a la mutación de los tiempos, se ve obligado a finalizar su aparición"<sup>50</sup>.

#### Notas

<sup>1</sup> *Colección Completa de Encíclicas Pontificias 1830-1950*, Buenos Aires, Ed. Guadalupe, 1952, pp. 327-328.

<sup>2</sup> Ídem, p. 468.

<sup>3</sup> Publicado en *La América del Sud*, Buenos Aires, lunes y martes 7 y 8 de enero de 1878. Cit. por Cayetano Bruno en *Historia de la Iglesia en la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Don Bosco, 1976, vol XI, p. 99.

<sup>4</sup> Alfredo C. Sánchez Gamarra SS.R., *Vida del Padre Grote*, Buenos Aires, tercera edición, 1997, p. 171.

<sup>5</sup> Cit. por Cayetano Bruno en *Historia de la Iglesia...*, vol. XI, p. 99.

<sup>6</sup> Íbidem.

<sup>7</sup> Cayetano Bruno, *Historia de la Iglesia...*, vol. XI, p. 100.

<sup>8</sup> *Diario de Sesiones de la Primera Asamblea de Católicos Argentinos*, Buenos Aires, 1885, XXXII.

<sup>9</sup> Cit. por Enrique M. Mayoche en "El periodismo católico en la Argentina", *Archivum*, Buenos Aires, 1994, XVI, p. 236.

<sup>10</sup> Josef Alt SVD, *Cartas de Arnoldo Janssen a América del Sur*, t. I, 1890-1899, España, Ed. Verbo Divino, Estella, 1992, p. 130.

<sup>11</sup> Hermann Fischer SVD, *Arnold Janssen, Gründer des Steyler Missionswerkes*, Steyl, 1919, p. 194.

<sup>12</sup> Ludger Grüter SVD, *Die ersten 25 Jahre der Wirksamkeit der Gesellschaft des Göttlichen Wortes in Argentinien*, Buenos Aires, 1914, p. 91.

<sup>13</sup> Josef Alt SVD, *Arnold Janssen. Lebenswege und Lebenswerk des Steyler Ordensgründers*, Roma, 1999, p. 182.

<sup>14</sup> Josef Alt SVD, *Cartas de Arnoldo Janssen a América del Sur*, t. I, 1890-1899, España, Ed. Verbo Divino, Estella, 1992, p. 9.

<sup>15</sup> Ídem, p. 60.

<sup>16</sup> Ídem, p. 69, nota 16.

<sup>17</sup> Ídem, p. 69.

<sup>18</sup> Ídem, t. III, pp. 274 y 275.

<sup>19</sup> Archivo Provincial SVD. Argentina Sur, Rafael Calzada, *Hojas de Crónica SVD*, 1894.

<sup>20</sup> *Argentinischer Volksfreund*, 14 de enero de 1897, año 3, n° 2, p. 2.

<sup>21</sup> Ídem, 4 de marzo de 1897, año 3, n° 9, p. 2.

<sup>22</sup> Íbidem.

- <sup>23</sup> Reimmichel era el seudónimo de Sebastián Rieger, sacerdote, poeta y escritor popular, nacido en St. Beit in Desenreggen, el 28 de mayo de 1867.
- <sup>24</sup> *Río-Platense SVD*, septiembre de 1939, año 9, n° 36, pp. 17-18.
- <sup>25</sup> *Argentinischer Volksfreund*, 3 de agosto de 1938, año 44, n° 31, p. 9.
- <sup>26</sup> *Inter Nos*, n° 6, mayo 1952, p. 2.
- <sup>27</sup> Ídem, n° 81, noviembre-diciembre 1960, p. 2.
- <sup>28</sup> *Argentinischer Volksfreund*, 21 de setiembre de 1938, año 44, n° 38, p. 7.
- <sup>29</sup> Ídem, 12 de octubre de 1938, año 44, n° 41, p. 11.
- <sup>30</sup> Ídem, 1° de enero de 1941, año 47, n° 1, p. 9.
- <sup>31</sup> Ídem, 17 de agosto de 1932, año 38, n° 34, p. 12.
- <sup>32</sup> Poseemos una lista de precios que debían abonarse por tales notas:  $\frac{1}{6}$  de página costaba \$ 3;  $\frac{1}{4}$  de página, \$ 5;  $\frac{1}{2}$  costaba \$ 10 y una página entera, \$ 20. Cuando iba con fotografía, había que añadir \$ 2,50 para cubrir el costo del clisé. *Argentinischer Volksfreund*, 26 de febrero de 1941, año 47, n° 9, p. 16.
- <sup>33</sup> Ídem, 26 de enero de 1921, año 27, n° 4, pp. 7 y 8.
- <sup>34</sup> Ídem, p. 15.
- <sup>35</sup> Ídem, 9 de febrero de 1921, año 27, n° 6, p. 12.
- <sup>36</sup> Ídem, 2 de marzo de 1921, año 27, n° 9, p. 11.
- <sup>37</sup> Ídem, 26 de enero de 1921, año 27, n° 4, p. 15.
- <sup>38</sup> *Ibidem*.
- <sup>39</sup> Ídem, 5 de enero de 1921, año 27, n° 1, p. 15.
- <sup>40</sup> Ídem, 2 de enero de 1921, año 27, n° 5, p. 9.
- <sup>41</sup> Ídem, 21 de setiembre de 1938, año 44, n° 38, p. 7.
- <sup>42</sup> Ídem, 5 de enero de 1921, año 27, n° 1, p. 15, y 26 de enero de 1921, n° 4, p. 15.
- <sup>43</sup> Ídem, 9 de marzo de 1921, año 27, n° 10, p. 11.
- <sup>44</sup> Ídem, 23 de marzo de 1921, año 27, n° 12, p. 48.
- <sup>45</sup> Ídem, 10 de noviembre de 1926, año 32, n° 46, p. 18.
- <sup>46</sup> Cf. p. 10, nota 26.
- <sup>47</sup> *Río-Platense SVD*, Rafael Calzada, septiembre 1939, año 9, N° 31, p. 18.
- <sup>48</sup> Ídem, abril 1936, año 6, n° 20 bis, p. 33.
- <sup>49</sup> Ídem, Rafael Calzada, septiembre 1939, año 9, n° 31, p. 17.
- <sup>50</sup> *Der Volksfreund*, 18 y 25 de diciembre de 1960, año 66, n° 51-52, p. 831.